

media del Puerto—, como es la colonia Hidalgo, es la de Daniel, un marino mercante retirado, durante varios años jefe del Sindicato de Marineros Mercantes de Veracruz, y que sigue siendo respetado en los muelles de la ciudad. Esta casa me desorientó fuertemente, o más exactamente debería señalar que fue la representación «familiar» que tenía lugar en su interior la que dilaté en comprender. En la casa vivían habitualmente Daniel (de unos 60 años), y su «familia» compuesta por tres mujeres: Sonia, Hortensia y Roxana, a las que Daniel dispensa un trato público similar al de «hijas» o «nietas», y efímeramente pasaban un rato por las recámaras sus «maridos». También pasaba allí gran parte del día Renán, compañero de navegaciones de Daniel en el pasado, y que abastecía de marihuana y cocaína a Daniel.

Sólo tras una continuada observación y reflexión, logré entender cuál era el modo de vida de los moradores de esta «casa», y qué papel representaba cada uno. Las tres mujeres (de entre 18 y 35 años) trabajaban como prostitutas en los Portales del zócalo central de la ciudad, adonde bajan cuando sus contactos de la Capitanía del Puerto les avisan que «ha entrado barco». Allí establecen contacto con sus clientes, casi siempre embarcados (marineros) extranjeros, a los que en vez de ir a un motel, les proponen ir a acostarse a casa de sus «abuelitos» (Daniel y Renán), donde tener un cotorreo (diversión) más familiar.

Al llegar a la casa es donde empieza a escenificarse una ficción «familiar» (o una fantasía interesada y compartida), atractiva para los embarcados que experimentan por algunas horas un ambiente, un trato e incluso conversación de tono «familiar» —así pude contemplar en diversos momentos a un marinero griego, un coreano o un filipino mientras comían unos huevos con chorizo preparados por una de las mujeres, tras mantener relaciones sexuales con ella—; embarcados que pasan a ser los «maridos» de la respectiva chica, y que a petición de su «esposa», pueden tener el detalle de encargarse de unas pizzas por teléfono para que cenar sus «abuelitos». Daniel y Renán, los *padrotes* (proxenetes), pasan a representar el papel de «abuelitos» de las mujeres, ocupándose en realidad de la seguridad de las muchachas y de que los clientes no se vayan sin pagar (obteniendo a cambio dinero suficiente para vivir cómodamente y comprar marihuana y cocaína suficiente para su consumo). Las chicas, a cambio de entregar una parte del dinero obtenido, y el afecto y atenciones a sus protectores, realizan sus servicios sexuales con mayor tranquilidad, simulando ser las «esposas» de los marineros, para los que preparan en la cocina algo de cena tras la relación sexual, y pasan a tener una casa y una familia que «vela» por ellas.

Como en un teatro, también se experimentan transformaciones, percibidas como mutaciones en ocasiones, ya sea de decorado (o mejor de

«foco» sobre una determinada sala o habitación), ya de representaciones en el mismo escenario. Éstas simulan que los actores sociales de la vivienda interpreten otros papeles dramáticos distantes de los anteriormente desempeñados, especialmente con la incorporación de otros personajes y figurantes. Un amigo veracruzano, Miguel Ángel Montoya, buen conocedor de la hospitalidad y asiduo al trato de esta casa, me comentaba cómo él visualiza estos cambios de escena y de figuras que transcurren en este espacio, donde se desarrolla algo que a lo que se refería indistintamente como «fábula», «representación» o incluso «comedia»: «De pronto hay putas, que pasan a ser chicas normales que están con sus “maridos” en casa, que se las están cogiendo en la recámara de junto, o en la de arriba; los mismos que después del palo, pagan el envío de una pizza a los “abuelitos” de las chavas. De pronto ya no hay putas ni embarcados, sino que entra en escena gente muy pesada, gente muy siniestra, puros narcos, gente que va armada y con sus guaruras [guardaespaldas] a hacer negocios en la casa, porque saben que con Daniel nadie se mete, que aquí no hay pedo [problema]. De pronto no hay putas, no hay narcos, ahora te encuentras a marinos y pescadores rucos [viejos], amigos de la mar desde hace veinte o treinta años, que están fumando mota y tomándose unos cafecitos en la cocina, cotorreándola suave y platicando del mar, de las rutas de sus barcos, y de los antiguos compañeros que ya se quebraron [murieron]».

Así, en mi caso también, asistí allí al desarrollo de una ficción barroca, y algo alambicada, de una casa y una familia estable. Donde en un mismo escenario diferente gente salía y entraba, pero donde los papeles familiares se mantienen estables, y donde esta clase de representación es transmisora de una cierta seguridad y tranquilidad doméstica para todos sus participantes. Una ficción barroca que viene a constituir una buena expresión de un *ethos* barroco¹ veracruzano singular, en la que las dueñas de casas y posadas y prostitutas (generalmente mulatas, y practicantes de hechicería) representaban el papel de esposas ante algunos de los marinos y comerciantes que llegaban al Puerto, la registran ya en el siglo XVIII, Albero (1989:79-81), De Sosa Santos (1994: 325) y García de León (1994).

¹ «El *ethos* barroco no puede ser otra cosa que un principio de ordenamiento del mundo de la vida. Puede ser una plataforma de salida en la puesta en juego con que la vida concreta de las sociedades afirma su singularidad cultural planteándola al mismo tiempo como absoluta y evanescente; pero no el núcleo de ninguna identidad... Construir el mundo moderno como teatro es la propuesta alternativa del *ethos* barroco frente al *ethos* realista» (Echevarría, 2000: 48, 195).

Simulaciones. *La Tiburoner* o el travesti carnavalizado

«Tienes que vivirlo, tienes que vivir el carnaval para poder darte cuenta, ir a Los Portales, con los borrachos y los homosexuales ¡ahí tomando y de todo! Vienen homosexuales a vestirse de mujer, eso es ahora sí que obligatorio, salen vestidos de mujeres y andan por Los Portales ¡no dejes de ir a Los Portales para que veas cómo se comportan, los homosexuales se transforman en Carnaval! Se visten de mujeres, se sienten más mujeres... Tienes que entrevistar a unos cargadores, los cargadores del muelle, los diferentes sindicatos que sacan su carro alegórico, para que veas para ellos qué es ir bailando, tomando, y ponerse hasta atrás, y cómo de olvidarse del mundo y vivir una fantasía no. Los maricones viven su fantasía de que son mujeres, como se sienten, y es una cosa tremenda» (Dra. Patty H.).

En la ósmosis producida entre la sociedad y el carnaval veracruzano es oportuno centrarse en el concepto de *fantasía*, que mis informantes consideran como propio no sólo del hábito del disfraz carnavalesco, sino de la figura del travesti, dedicada a *vivir su fantasía de ser mujer*. Se puede hablar de la existencia de una representación sensorial y encarnación sensible de la «fantasía» en el travesti, y de la compulsión de éste a inscribir la fantasía en y sobre su cuerpo como soporte artístico, en una clase de representación que Severo Sarduy denomina «autoplástica» y «tautópica» (1987:92-93). Desde un punto de vista corporal, los travestis de Veracruz mantienen una analogía con otra clase de artistas efímeros, las *materias* o *mediums* espiritistas portuarias –que incorporan espíritus protectores, errantes y «seres negros»–, desplegando ambas figuras una mimesis caracterizada por la simulación, exagerada pero esquemática, por una encarnación de motivos (personalidades, espíritus) utilizando como soporte su cuerpo, «pintando» sobre su propio cuerpo perfiles más reconocibles o exóticos, pero siempre atractivos a los ojos de quienes les contemplan.

Uno de los travestis y personajes más populares de Veracruz es Daniel *La Tiburoner*. La mayoría de mis interlocutores le llaman así por su afición a animar y participar del ambiente del estadio de fútbol, durante los partidos de *Los Tiburones Rojos*, el equipo local, aunque también gusta de convivir y bailar en los Portales y plaza central de Veracruz. Existen múltiples versiones que convergen en trazar para Daniel una identidad confusa, elusiva y diseminada por este territorio urbano. Según para quién, este sujeto desempeña diferentes profesiones (sastre, ferrocarrilero, tendero), vive en barrios distintos (la Huaca, la Boticaria, la zona de Mercados), y es ubicado en modo vario según sus preferencias sexuales («es puto y le gustan los hombres», «no es maricón pero tiene alguna neurona loca», o «es macho y

se viste así sólo para echar relajo y cotorrear con la gente»). Entre sus disfraces/caracterizaciones destacan los de: *Madame Pompadour* versallesca, dama de la corte de Luis XV, con vestido de lentejuelas de color azul metálico, falda larga y con miriñaque para resaltar las nalgas, gran pelucona blanca con trenzas de lana e hilos gruesos de algodón, y bastón en mano derecha. Esta figura tiene una presencia en el imaginario veracruzano, ya que ha sido recreado con reiteración en los bailes de máscaras de salón y carnavales del pasado, y aparece frecuentemente como una figurita de loza en las estanterías de las salas de los hogares veracruzanos. *Geisha*, con kimono estampado sobre fondo gris pálido, peluca negra con agujetas sobresalientes, rostro cubierto de maquillaje blanco, y una sombrilla que abría y cerraba a capricho. Este disfraz dramatiza una de las figuras principales de la fantasía sexual de los marineros veracruzanos que recalaron en los puertos del Lejano Oriente. *Hada madrina*, con vestido azul celeste, cucurucho de fondo azul y estrellas plateadas y varita mágica con gigantesca estrella plateada en la punta. *Adelita* o soldadera revolucionaria. con una pollera o falda larga, cananas con balas cruzadas sobre su blusa, sombrero mexicano de ala ancha con las palabras ¡VIVA MÉXICO CABRONES!, y una escopeta de palo de juguete en la mano.

Tratándose de una de las figuras carnavalizadas más claras de la ciudad, se puede analizar su carácter de bisagra o conexión entre la imaginería *kitsch* u «ornamentación de estantería» –y la exhibición de un gusto doméstico *kitsch* exitoso entre las clases populares y medias de la ciudad–, y los estereotipos de posesión exóticos en el panteón espiritual de Veracruz. Este travesti con sus disfraces reproduce, de forma carnavalizada y paródica, la animación de algunos de los motivos de esta cultura (mercantil y doméstica) portuaria –las imágenes versallescas o de «gente antigua» europea, las «japonesitas», las hadas o magos, etc.– Los ornamentos, brillos y detalles de sus disfraces coinciden con los motivos y figuras de alteridad que el gusto jarocho popular y clasemediero elige para componer sus altares profanos y combinaciones estéticas «de interior», en las estanterías y paredes de las salas de sus casas, y con algunos de los disfraces más reiterativos en los bailes de máscaras y *paseos* (desfiles) del carnaval del pasado. De igual forma, algunos de los disfraces de su ropero concuerdan con figuras de ese panteón espiritual veracruzano. Podemos partir de su travestismo e incorporación en sus disfraces de motivos de lejanía cultural y temporal, como una senda para enfocar la incorporación de espíritus en Veracruz, como un ensayo –y creación artística, poética– análogo al desplegado en la decoración de un escenario doméstico, o en el bulevar durante un paseo de carnaval.